

El secreto del huevo azul

Catalina González Vilar



EL BARCO
DE VAPOR



Ilustraciones
de Tomás Hijo



Primera edición: marzo de 2012

Séptima edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover

Coordinación editorial: Berta Márquez

Revisión editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Catalina González Vilar, 2012

© de las ilustraciones: Tomás Hijo, 2012

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

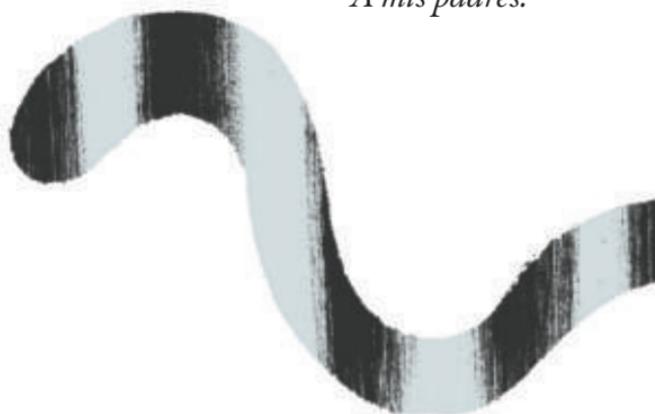
ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres.





● 1

PREPARATIVOS



ERA EL CUMPLEAÑOS DE LA REINA y en el castillo de Dadrev se recibía el día con gran agitación. Las ventanas estaban abiertas de par en par y, asomadas a ellas, docenas de muchachas sacudían sábanas, alfombras y cortinajes. En el jardín se rastrillaban los caminos y se cortaban flores para los jarrones, mientras que en las caballerizas olía a heno y se limpiaban a fondo los carruajes.

Todo debía estar listo para la gran celebración, pues, con motivo del cumpleaños, los reyes habían invitado a duques, marqueses y barones de todo el país a pasar varios días con ellos.

Esa misma noche tendría lugar un fabuloso banquete de bienvenida, y a la mañana siguiente, muy temprano, los monarcas y sus jóvenes hijos junto con sus invitados partirían hacia las Montañas del Norte. El objetivo de esta expedición era capturar una pareja de tigres blancos que se decía que vivían en aquellas selvas. El rey deseaba que estos dos misteriosos animales fuesen su regalo de cumpleaños para la reina.

Solo había una persona en todo el castillo que no participaba de la alegría de los preparativos. Se trataba de Rolav, el menor de los seis príncipes. Su buen humor habitual se había evaporado al enterarse la noche anterior de que no podría asistir a la gran expedición.

Rolav llevaba semanas impaciente, sin apenas comer ni dormir, pensando en las aventuras que correrían él y sus hermanos en las Montañas del Norte. Se imaginaba montando a caballo junto a su padre, persiguiendo tigres y demostrando a todos su valor. Y ahora había descubierto que ni siquiera tendría la oportunidad de disfrutar de la excursión desde una de las carrozas.

–Es demasiado peligroso –le había dicho su madre.

–Sí –insistió su padre, pese a verle tan desilusionado–. Ir en busca de tigres no es ningún juego, deberías saberlo.

Pero lo único que sabía Rolav era que, mientras sus hermanos estuviesen atravesando las montañas, él estaría a cargo de sus aburridas nodrizas, en su aburrido castillo, aburriéndose mortalmente.

Así que esa mañana, mientras todos se preparaban para la celebración, el joven príncipe caminó cabizbajo hasta llegar a la enorme jaula que su padre había ordenado construir en la zona más apartada y frondosa del jardín. Los barrotes, de hierro oscuro, se hundían firmemente en la tierra, y se había cuidado de que no faltase en su interior nada que un tigre blanco pudiese desear: agua fresca, una pequeña gruta donde cobijarse y suficiente espacio para dar un par de saltos.

–En ningún otro lugar estarían mejor –había dicho el rey con orgullo, cuando estuvo terminada.

Se sabía muy poco acerca de los tigres blancos. Tanto es así que Rolav no conocía a nadie que hubiese visto uno. Siempre era alguien que decía que alguien le había contado que le habían dicho que habían visto un tigre blanco. Podéis imaginar, por tanto,



su desilusión al saber que iba a perderse la que probablemente sería su única oportunidad de perseguir a uno de estos temibles animales.

Llevaba cerca de media hora allí sentado cuando una voz interrumpió sus tristes pensamientos. Rolav se giró y vio que por el camino se acercaba Noisuli, el mago del castillo.

–¡Ah, estabas aquí! Debí imaginarlo –voceó el anciano, saludándole animadamente desde lejos–. Llevo un buen rato tratando de dar contigo.



Noisuli se había arremangado su negra túnica y subía la cuesta a grandes zancadas. ¿Por qué le estaría buscando?, se preguntó, inquieto, el príncipe. Desde que era pequeño, Rolav trataba de escabullirse en cuanto Noisuli se acercaba. Temía quedar paralizado en su presencia, sin saber qué decir. Es difícil saber qué decir a alguien que te puede convertir en rana si no le gusta tu conversación.

Sin embargo, aquella mañana Noisuli no parecía que tuviese ganas de transformar a nadie en rana ni



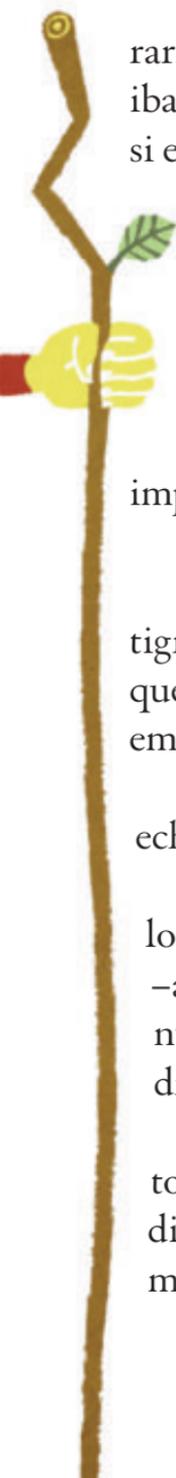
en ninguna otra cosa. Con una agilidad sorprendente para su edad, llegó donde estaba el príncipe y, aupándose al tronco caído que este había elegido como refugio, se sentó a su lado. Parecía de excelente humor. Miró el interior de la jaula y comentó:

–Hummmm... Desde luego, esa pareja de tigres estaría bastante cómoda aquí –pero luego añadió con una sonrisa–: Aunque no creo que consigan capturar ninguno.

–¿No? –preguntó Rolav con interés.

–Bueno –contestó el mago arqueando las cejas–, por muy bonita y confortable que sea una jaula, a nadie le gusta vivir encerrado, ¿no crees?

–Pues... no, supongo que no –respondió en voz baja el príncipe.



Hasta ese momento no se le había ocurrido mirarlo así. Pensaba más bien en lo emocionante que iba a ser para ellos tener un tigre en el castillo, y no si esto sería emocionante para el tigre.

–No, desde luego que no –continuó Noisuli–, y a los tigres blancos mucho menos. Prefieren vivir en las montañas, protegidos por la selva y en compañía de otros tigres. Así que no se dejarán capturar, ¡ni hablar!

–Entonces... –dijo el príncipe, pensativo–, no importa tanto que me pierda la excursión...

El mago le miró y sus ojos brillaron.

–¡Claro que no! Aprenderás mucho más sobre tigres quedándote aquí. ¿Te he contado alguna vez que viví una temporada alojado por el mismísimo emperador de los tigres blancos?

Rolav se quedó con la boca abierta. El mago se echó a reír.

–Ya veo que no te lo había contado. Pues sí, los tigres blancos pueden ser muy hospitalarios –al ver la cara de incredulidad de Rolav, continuó–: Mientras los demás estén en la cacería, podrías aprender algunas cosas sobre ellos, ¿quieres?

El príncipe asintió con la cabeza, incapaz todavía de cerrar la boca. Noisuli, sonriente, le dio unas palmaditas cariñosas en la espalda y se marchó.

Rolav se quedó un rato en el jardín. Era el lugar del castillo que más le gustaba, y además quería terminar de preparar su regalo. El intercambio de presentes durante el banquete era uno de los momentos más esperados de la fiesta. Cada invitado debía llevar uno, y sería absolutamente secreto. La perspectiva de recibir un estupendo regalo y de aprender más cosas sobre los tigres blancos hizo que Rolav pasase el resto de la mañana de mucho mejor humor.

● 2

EL GRAN BANQUETE



AQUELLA TARDE, la cristalería del castillo brillaba como nunca, las flores recién cortadas perfumaban las habitaciones y las banderolas de las almenas ondeaban orgullosas. Todo estaba preparado. No tardaron en comenzar a sonar las trompetas que anunciaban la llegada de los invitados.

Rolav y sus hermanos habían subido a la muralla, justo sobre el gran portón de entrada, y desde allí examinaban a los recién llegados. Aplaudían a los jinetes que alcanzaban el castillo a galope tendido, y en cambio saludaban con burlas a los que llegaban a paso cauto o en carroza. En su opinión, aquel no era un modo nada emocionante de viajar. También hablaban con inagotable entusiasmo de la expedición que tendría lugar al día siguiente.

Nada había dicho Rolav a sus hermanos de la opinión de Noisuli sobre lo difícil que sería capturar un tigre blanco. Pero le consolaba pensarlo cuando oía a su hermano mayor asegurar que él solo lograría capturar media docena de aquellos felinos desteñidos.

A media tarde llegó un carro especialmente cargado. Entre los misteriosos paquetes que transportaba, cuidadosamente envueltos en papel de colores,





hubo uno que les llamó mucho la atención. Era más grande que cualquiera de los que hubiesen visto pasar bajo la muralla y lo rodeaba una ancha cinta verde rematada con un lazo. Mientras los soldados maniobraban para que entrase por la puerta, los príncipes suspiraron deseando que aquel fuese su regalo aquella noche. ¡Siendo tan grande, a la fuerza debía ser bueno!

La entrega de los regalos no era un reparto corriente. Noisuli, el mago, realizaría un hechizo para que cada obsequio fuese a parar a manos de la persona más adecuada. Nadie sabía, por tanto, a quién iría a parar el regalo que había preparado ni, por supuesto, qué paquete recibiría, pero lo maravilloso del encantamiento era que, una vez tenías el tuyo, te dabas cuenta de que era el que más te gustaba, y que no lo cambiarías por ningún otro.



Rolav se escabulló al cabo de un rato, pues aún le faltaba terminar de envolver su regalo. Durante las dos semanas anteriores había recorrido el jardín de arriba abajo, pasando largas horas tumbado sobre la hierba o vadeando el lago, hasta reunir la más completa colección de bichos nunca vista. Lo más complicado había sido alimentarlos a todos y mantenerlos en secreto. Los tenía guardados en un armario de su habitación, dentro de botes de todos los tamaños. Había mariposas, libélulas, escarabajos, saltamontes, hormigas de varios tipos, arañas, polillas nocturnas, gusanos y otros insectos cuyos nombres desconocía. También había conseguido tres pequeñas ranitas de agua y una lagartija gris, en cuya cola centelleaban unas escamas azules. Esperaba que hubiese alguien a quien le gustasen tanto como a él aquellos seres; si no, tal vez el regalo regresase



de nuevo a sus manos, en cuyo caso estaría encantado de seguir cuidando su diminuto zoológico.

Mientras envolvía con delicadeza los botes con un papel en el que había pintado estrellas rojas y verdes, le vinieron a la cabeza las palabras de Noisuli: «Por muy bonita y confortable que pueda ser una jaula, a nadie le gusta vivir encerrado». ¡Pero era tan entretenido mirar cómo la araña tejía su casa, o cómo los gusanos comían pacientemente sus hojas!

Al anochecer comenzaron a sonar las campanillas que advertían de que la cena estaba dispuesta. Esta tarea era un honor que, en las ocasiones especiales, se les concedía a los cocineros, ya que llevaban todo el día trabajando duramente. Era magnífico



verlos con sus blancos gorros muy tiesos, cada uno con una campanilla distinta en la mano, recorriendo salones y galerías. Se trataba de una tradición muy antigua y durante generaciones se habían ido coleccionando en el castillo campanas de todos los tamaños y materiales. Las había de bronce, de cristal, de oro y de marfil, tan pequeñas que tenían que sostenerse con pinzas o tan grandes que los pinches debían ayudar a los cocineros para hacerlas sonar. El resultado era una música extraordinaria que tenía la virtud de despertar el hambre y alegrar el corazón de quienes la escuchaban.

A los invitados de aquella noche, sin embargo, no les hacía falta que les despertasen el apetito ni que aumentasen su alegría. Las puertas de las habitaciones se abrieron y los pasillos se llenaron de elegantes vestidos, risas y saludos. Cuando llegaron al salón de banquetes, todo estaba dispuesto. Las copas, impecables, brillaban a la luz de cientos de velas; las fuentes de comida despedían deliciosos olores, y las jarras estaban bien provistas. Y lo mejor de todo: los regalos habían sido colocados alrededor de la mesa, llenando de color la habitación con sus lazos y envoltorios.

Cuando estuvieron reunidos, el rey alzó su copa, pronunció unas palabras de bienvenida y, a continuación, brindó por la reina.